

sonas que le sugiriese el acusador. Llame Ud. al juzgado á otras imparciales. ¿Qué ha dicho el jefe político?

—Aquí tiene Ud. el oficio que me remitió con motivo de la aprehensión.

Con asombro leí el documento. En él aparecía que Juan, reconvenido por el hacendado, había intentado herirle con arma blanca en presencia de numeroso concurso; pero se callaban las demás circunstancias determinantes del suceso.

—Es increíble, murmuré con desconsuelo; este muchacho va á ser sacrificado. Que Dios tenga piedad de él.

Me figuré mentalmente la fatalidad que se le esperaba, y ví con los ojos de la imaginación el horrible cuadro de su vida futura. Condenado á sufrir años de prisión; remitido á Guadalajara en unión de verdaderos malhechores; encerrado en la Penitenciaría con su despecho, sus rencores, y la depravada compañía de los presidiarios; corrompido por odio, por cólera y por desesperación; convertido á su vez en malvado como los otros presos, y vuelto á la sociedad, extinguida su condena, animado de feroces pasiones y sed de venganza . . . Así

le ví en mi imaginación en breves segundos de silencio.

—He puesto á Ud. al tanto de la verdad, dije levantándome; Ud. hará lo que le parezca conveniente para verla resplandecer en la causa, bajo el concepto de que el preso es inocente del delito de que se le acusa.

—Procuraré obrar en todo conforme á la justicia, repuso el juez tendiéndome la mano con visible preocupación.

Salí del juzgado más sorprendido y pesaroso que nunca, por el aspecto que iban tomando los sucesos.

VIII.

Por aquel tiempo hubo en el país un movimiento revolucionario; uno de aquellos que por desgracia fueron frecuentes en nuestra pasada historia. Levantóse en armas un jefe militar contra el gobierno constituido, é inscribió en su bandera principios encaminados á deslumbrar á los incautos. La antigua propensión á los pronunciamientos y á los motines apenas adormecida, despertóse de nuevo; los guerrilleros montaron sus caballos de batalla y torna-

ron á empuñar las armas que comenzaban á cubrirse de moho; los bandidos salieron de sus madrigueras so pretexto de defender ideas políticas, y en un momento se llenó de alarma la República, con gran quebranto de nuestros intereses en el interior y en el exterior.

Algo se había dicho en Tequila de excursiones y merodeos de algunas partidas de revoltosos; pero nada se sabía de cierto, así es que nadie se preocupaba por la revolución, como si estuviera relegada al otro lado de los mares.

Entretanto, seguía yo mis costumbres de turista ávido de contemplar y de gozar la naturaleza.

Corre al poniente de Tequila, un arroyo que baja de las faldas del cerro, y lame los pies del lomerío. Diáfano y de frescas ondas el arroyo de Atiscua descende por el fondo de cañadas exuberantes de vegetación, da movimiento á las fábricas que ocupan sus márgenes, serpenteando se aleja del pueblo y va á arrojarse á las profundidades de la Barranca. Al clarear el día, solía yo saltar sobre el caballo y echaba á andar por la orilla del arroyo hasta un punto lejano

donde forma remanso la corriente. Grandes cantos dispersos por sus orillas, y árboles corpulentos alternando con peñascales, brindan sombra favorable al absorto espectador. Las laderas cubiertas de plátanos y cañaverales alegran el paisaje con su color verde tierno, y bandadas de aves parleras pían y gorgean en el follaje, en los sitios más escondidos y repuestos. El arroyo atormentado por las fragosidades de su cauce, va dando tumbos y espumando con murmullo sostenido y monótono. A este remanso acudía yo á tomar el baño cotidiano. Entretanto me entraba en la corriente, dejaba el caballo atado á una peña, ó á la rama de algún árbol; cuando los primeros rayos del sol doraban la superficie movible del agua, hallábanme en medio del arroyo, embriagado de encanto inefable.

Una mañana, al tornar de mi excursión de Atiscua, me sorprendió el inusitado movimiento que observé en los arrabales. Miraban por las boca-calles hacia el campo los transeuntes formando grupos, y decían cosas alarmantes, á juzgar por su gesto. Me acerqué á uno de ellos y le pregunté:

--Hágame favor de decirme qué significa este alboroto.

--¡Cómo!--me dijo--pues ¿qué no tiene ojos? Es la *pronuncia*.

--Pero ¿dónde están? No distingo.

--Mírelos Ud., allá van--contestó extendiendo la mano.

Seguí con los ojos la dirección que me marcaba, y ví algunos ginetes por el fondo de la larga calle, corriendo á escape al centro del pueblo. Sin dar crédito á mi interlocutor, continué mi camino. Al entrar en la plaza, presencié una escena rápida, que no tuve tiempo de analizar. Los ginetes que acababa de columbrar, penetraron en ella y veloces como el rayo, llegaron á la cárcel, y se pararon de súbito. Venían empuñando los rifles. Comprendí vagamente que se trataba de un golpe de mano.

--¡Viva México, gritó el jefe de los ginetes, ríndanse *desgraciados!* Y á la vez que esto decía, él y sus compañeros apuntaron con las armas de fuego á los pálidos y sorprendidos soldados que formaban la guardia. El centinela pretendió resistir; pero recibió un tiro á quemarropa, que le dejó fuera de combate. Los compañeros no

trataron ya de defenderse: entregaron los fusiles, y formando un grupo trémulo de espanto, quedaron bajo la vigilancia de algunos de los ginetes, en tanto que otros de éstos echaban pie á tierra y se metían resueltamente en la prisión. El capitán de la gendarmería, que estaba allí en los momentos de la sorpresa, había desaparecido pretendiendo escapar; pero no lo logró. Momentos después volvió á la puerta de la cárcel, lívido y descompuesto, acompañado por dos pronunciados. Despojado de la pistola, fué á reunirse con el grupo inerme de sus propios soldados.

Entretanto que esto pasaba por un lado de la plaza, había penetrado por el opuesto, otro grupo de ginetes que fué á detenerse á la puerta de la Jefatura política, contigua á mi casa. Allí no había guardia, ni hubo que vencer ninguna resistencia. La autoridad procuró también esconderse ó saltar las tapias del corral; pero muy luego fué atrapada por los sabuesos que la buscaban. Habiéndome detenido á la puerta de mi casa para ver en lo que paraban aquellas evoluciones, ví al jefe político aparecer

en el zaguán de la suya con rostro iracundo y azorado.

Poco después llegó el capitán de la guerrilla. Era un antiguo revolucionario, avezado á estas peripecias; de aquellos que partiendo de un lugar con sus soldados á la hora menos pensada, sin que se sepa para donde, llegan al lugar en que menos se les espera sin saberse de donde. A dos leguas de Guadalajara lanzó el grito de revuelta en un poblacho, y siguió luego para Tequila sin detenerse. Los destacamentos de gendarmes que cuidaban el camino, se le unieron y aumentaron sus fuerzas, dejando la vía pública abandonada y á la merced de los malhechores. Al llegar al pueblo contaría la partida unos sesenta hombres á caballo y armados. Vestían traje de rancheros casi todos, pero entre ellos mirábanse también algunos desarrapados de camisa y calzones blancos de manta, caballo huesudo y montura miserable, y uno ú otro soldado con el uniforme de la fuerza de seguridad pública del Estado á que habían pertenecido, buena cabalgadura y montura militar.

Distinguíase el jefe entre todos, por el arrogante caballo que montaba, el cual era

retinto, alto, fuerte y lleno de brío; por el traje de paño que portaba; por el flamante y galoneado sombrero que cubría su cabeza; por la gruesa y roja bufanda de estambre tejido que traía liada con líos voluminosos al derredor del cuello; por las botas fuertes de piel amarilla que dejaba ver cuando se levantaban sus *armas de agua*; y por la pistola y daga adornadas con cordón y borlas de seda, que llevaba al cinto en funda de piel de becerro bordada con hilo de plata. Al acercarse al jefe político, le tendió la mano sin apearse y le dijo con tono socarrón:

--Buenos días, amo ¿cuánto vamos á que no esperaba Ud. nuestra visita?

--Buenos días, contestó la autoridad con tono seco ¿qué quieren ustedes?

--Poca cosa, repuso el jefe pronunciado, necesitamos dinero para el camino, y venimos á pedirles á ustedes nos lo dén por la buena; sólo que si no nos lo quieren dar por la buena, lo tomaremos por la mala.

--Hemos sido sorprendidos y ustedes son los que mandan.

--Si, amo, prosiguió el jefe soltando una

carcajada; les *madrugamos*; pero vale más, porque así se han evitado desgracias.

En realidad, el cabecilla no era intratable. Tenía cierto buen fondo natural, mezclado con la malicia del rancharo y la ironía del valentón. Alentado por su aspecto el jefe político, fuése serenando más y más, y entró con él en pláticas.

Ignoraba mi tía lo sucedido; tan rápidos así y poco ruidosos habían sido los acontecimientos. Se lo conté, y se llenó de temor por sus hijos que no estaban en casa; pero á poco regresaron del campo, y se tranquilizó al mirarlos sanos y salvos. En realidad nadie fué molestado. Transitaba por las calles todo el mundo, y aparte del cambio de gobierno, por decirlo así, sobrevenido en un momento, todo continuaba como de costumbre.

Tomé con precipitación el desayuno, no sin emoción interna, y me asomé luego á la ventana para seguir observando. Los pronunciados se dispersaron en todas direcciones, y fraternizaban con el pueblo. Algunos se desayunaron leche con calabazas ó camotes tatemados; otros bebían tequila en las tiendas. Todos andaban confiados, olvi-

dadas las armas por el suelo ó al arrimo de las paredes, y en la mejor disposición para ser á su vez víctimas de un nuevo golpe de mano, á haber habido otro grupo resuelto y hostil, semejante al suyo, que les saliese á la palestra.

No escasa sorpresa me causó ver á poco entre los pronunciados, como prosélitos del movimiento, algunos vecinos pacíficos del lugar, tales como el zapatero más notable del pueblo, y una especie de tinterillo ó huizachero que vivía de fastidiar á los jueces con enredos jurídicos. Aquellos honrados ciudadanos, armados ya, cruzaban la plaza lanzando mueras al gobierno y vitoreando el plan revolucionario que servía de pretexto al desorden.

Entretanto, el jefe político, perdido el supremo mando de la población, había caído en la modesta condición de mediador entre el vecindario y el cabecilla triunfante. Quería éste imponer una exacción de tres mil pesos; pero en virtud de los ruegos de la autoridad derrocada, convino en que sólo percibiría la mitad. Acto continuo fueron convocados los vecinos más notables, con el objeto de hacerles saber lo convenido, y de

que se repartiesen el *préstamo forzoso* de la manera que lo tuviesen por conveniente.

Convocado uno de mis primos, concurrió á la junta, y volvió á poco diciendo que doscientos pesos debería dar su casa al cabecilla, lo que no pareció tan exagerado, dadas las circunstancias; pero como mi tía no tenía dinero en metálico, fué preciso vender algunos novillos á vil precio por lo apremiante del caso.

Otra escena singular y característica se había desarrollado á mi vista mientras la junta se celebraba. Por orden del jefe revolucionario habían sido puestos los presos en libertad, así los más criminales como los culpables por faltas de policía y sujetos á pena gubernativa. Se les preguntó por fórmula si querían abrazar la causa de la revolución, y dijeron que sí al unísono, manifestándose partidarios ardientes del plan político salvador de la nación, y lanzando mueras contra el gobierno. Practicada una requisita general de armas y caballos en todas las casas, bien pronto aparecieron los presidiarios montados y armados á la luz del sol, con semblante regocijado y victorioso.

Desde el cura Hidalgo acá, tal ha sido el procedimiento empleado por la mayoría de los jefes sublevados para engrosar sus filas expedicionarias. La conducta del padre de la Independencia merece disculpa, por lo excepcional de las circunstancias; pero eso no quita que haya dejado un precedente pernicioso, seguido por nuestros revolucionarios de todos los tiempos.

Esta vez, por fortuna, tuvo siquiera un buen resultado entre otros pésimos, la ex-carcelación de los deteñidos, cual fué el de haber dado suelta al desdichado Juan, que tenía ante sí la terrible perspectiva de una larga causa y de una prisión más larga todavía. En efecto, el hortelano vió brillar la luz del sol y respiró el aire libre de la calle cuando menos lo esperaba, y se encontró armado de súbito y convertido en paladín de una causa política. Debe haberse sentido estupefacto de pronto; pero aceptando las circunstancias tales como se le presentaban, tomó su determinación sin mucho vacilar, y no pasó largo tiempo sin que apareciese trotando por la plaza sobre los lomos del valioso caballo de un honra-

do vecino, que lamentaba aquel terrible golpe dado a sus caballerizas.

Refrenó la cabalgadura al verme, y se acercó á la ventana.

—Buenos días le dé Dios á su mercé, me dijo quitándose el sombrero.

—Buenos días, Juan, respondí.

—Aquí me tiene su mercé en libertad, prosiguió respirando con fuerza, como queriendo absorber todo el ambiente.

—Alabado sea Dios; reciba Ud. mis felicitaciones.

—De veras las merezco; según parece, á no ser por la *pronuncia*, me hubieran dejado secar en la cárcel, ó me hubieran *ajusilado*.

Sonrió amargamente, y luego continuó:

—¿Qué ha sabido Ud. de la Florida?

—Nada, le dije; lo único que sé es que aquí está Nieves.

—¿Con el tuerto y la tía?

—No, sola; está en la casa del cura.

—¿Bendito sea Dios! Pero ¿no sabe su mercé cómo se hizo este milagro?

—Sí, le dije, yo mismo la llevé á esa buena casa. Disgustada con su familia, vino al pueblo, y me rogó la pusiera en lugar seguro.

—Tenga su mercé mil glorias. Es indudable que esos condenados la han de haber *cuereado* y por eso se *juiría*.

—Tal vez.

—¡A mí me deberían pegar, y no á la pobre muchacha! ¿Y don Santos?

—No sé nada de él.

—¿Qué ganas me dan de topármelo por allí! Ahora podríamos arreglarnos de hombre á hombre, y no *dado* como me *agarró* aquel día.

—¿Todavía se acuerda Ud. de eso?

—¡Cómo no me he de acordar! Me acordaré toda mi vida.

—Lo que pasó, voló; ya Ud. está en libertad y debe olvidarlo.

—¡Eso sí que no!—replicó Juan levantando la voz y haciendo un gesto furibundo—me la ha de pagar el amo don Santos.

En vano me empeñé en disuadirle de sus propósitos vengativos; comprendí que no podría hacerle ceder, y cambié de conversación por no irritarle.

—Y ahora, le dije ¿qué piensa Ud. hacer?

—Seguir la *bola* (1) ¡qué otra cosa! Aquí

[1] La revolución.

no puedo vivir; si me quedara, me volverían á meter á la cárcel

—Probablemente.

—¡Pues entonces adelante, y á ver que sucede!

—Bien, le dije en tono de broma; pero ¿qué va Ud. á defender?

—No sé.

—¿Por qué va á pelear?

—Tampoco lo sé.

—¿Quién es ese general de quien grita Ud. que viva?

—No sé que madre lo parió.

—Entonces es Ud. un pronunciado de muchísima importancia.

—Lo único que sé es que me he pronunciado por mi libertad y contra el despotismo.

—Ha acertado Ud.; casualmente eso que dice es todo un programa político.

—No se burle, amo; ya sabe que he sido hombre trabajador y pacífico, y que si me meto á la *bola* es porque me obligan.

—Lo sé, Juan, y no hay que llevar mis inocentes bromas á mala parte. ¿O se ha hecho Ud. muy corajudo desde que está montado y armado?

—Su mercé está hoy para chanzas y puede usarlas conmigo. Ya vuelvo; hasta luego.

E interrumpiendo repentinamente la conversación, se alejó de mí haciendo galopar su excelente cabalgadura. Sin duda se fué luego al curato, porque el párroco me refirió más tarde, que poco después de la hora en que pasó este diálogo, entró por el zaguán de su casa un pronunciado á caballo, preguntando por él. Su primera idea fué la de esconderse, temiendo un desmán.

—¿Dónde está el señor cura? interrogó el ginete.

—No está en casa, dijeron los sirvientes.

—Díganle que no tenga miedo, prosiguió el ginete, que no vengo á hacerle ningún daño.

—No está en casa, repitieron los sirvientes.

—La verdad es que poco me importa que esté ó no esté aquí el señor cura; lo que quiero es hablar con la depositada.

Al oír estas palabras, salió el párroco de la recámara donde se ocultaba, y vino á hablar con el pronunciado.

—¿Qué se ofrece? le dijo.

—¿Cómo está su mercé de salú?

—Bien, ¿qué se ofrece?

—No tema su mercé ninguna tropelía, nada quiero de su buena persona; lo único que necesito es hablar con la depositada.

—¿Qué depositada?

—La que tiene su mercé en su buena casa.

—Aquí no hay ninguna depositada. ¿Quién le ha contado á Ud. tamaña mentira?

—El que me lo ha dicho no es ningún embustero.

Y le comunicó que lo sabía por mí mismo.

—Suponiendo que sea cierto, no puedo permitir lo que Ud. quiere.

—No es con mala intención, señor cura.

—Sea como sea, no puedo permitirlo.

El párroco, al decir esto, temblaba y hablaba apenas, lleno de visible espanto.

—Piénsese bien su mercé; yo no quiero faltar á su buena casa; pero necesito hablar con la depositada.

—No puedo.

—Por la buena á por la mala.

—Haga Ud. lo que guste.

—En ese caso su mercé tiene la culpa si lo atropello.

Diciendo esto Juan, bajo del caballo, y se dirigió en son de guerra al anciano párroco; azorado éste y aturdido, huyó y se entró en una recámara que tenía puerta al corredor. Como la llave estaba fuera de la cerradura, Juan le dió vuelta y se la guardó en el bolsillo, dejando en secuestro al buen sacerdote. Acto continuo, echando mano á la pistola, se dirigió al grupo de sirvientes, compuesto de varias mujeres y un indio mandadero.

—Vamos, les dijo, llévenme á donde está la depositada.

Los sirvientes callaban llenos de susto, pero fieles al deber. Para vencer su resistencia, se vió Juan obligado á golpear aunque blandamente, al indio con la pistola.

—Vas á ver como te hago hablar, le dijo con voz de trueno.

—No me mate su mercé, repuso el indio aterrado.

—Llévame á donde está la depositada ó te doy en la *chapa del alma*.

—Sígame su mercé.

Y el amedrentado indio condujo á Juan

al fondo del extenso corral, donde se hallaba la cocina.

Momentos después, salió del curato el insurrecto en compañía de Nieves. Púsola en la silla de su caballería, montó á la grupa y se alejó con el precioso botín.

No escasa pesadumbre me causó enterarme del suceso, porque mía fué en cierto modo la culpa de lo acaecido, por haber tenido la imprudencia de confiar á Juan cuál era el alojamiento de Nieves; y mucho más cuando supe que el amante, sin duda por olvido, se llevó consigo la llave del cuarto donde estaba recluido el pobre párroco, quien pasó mortales horas en aquella cárcel, por no haberse podido encontrar herretero que descerrajara la puerta, tan pronto como hubiera sido de desearse.

Serían las tres de la tarde cuando los pronunciados, después de haber comido, descansado, recibido el importe del préstamo y terminado la requisa de armas y caballos, se pusieron en marcha para ausentarse del pueblo; todos bien montados y armados ya, y en número de más de cien, por los presidiarios y simpatizadores que habían hallado en Tequila.

Al desfilarse el grupo por la plaza, despertó mi atención ver una mujer entre los ginetes. Montaba el caballo de otro vecino rico, enjaezado con lujo—sin duda con la silla de la esposa misma del despojado; recataba el rostro en un enorme pañuelo blanco, que le cubría la frente, la nariz y la boca, y sólo le dejaba libres los ojos; sombrero de palma de alas extensas, serviale de quitasol; y envolvía el busto en un flamante rebozo de hilo fino. Fijé en ella los ojos, y la conocí, no tanto por su fisonomía casi invisible, cuanto por la proximidad de Juan, que cabalgaba junto á ella; era Nieves. Ambos se detuvieron y se aproximaron á la ventana para decirme adiós.

—Ya nos veremos, señor amo, me dijo Juan tendiéndome la mano.

—Adiós, Juan, que le vaya bien.

—Adiós, señor, me dijo Nieves con tono tímido, y ruborizada.

—¿Conque se van ustedes *juidos*, eh?

—¡Qué remedio, señor amo! ¿no haría lo mismo su mercé en nuestro lugar?

—Tal vez, contesté riendo.

—Lo único que siento, prosiguió Juan, es no haberme topado con el amo don Santos,

—Se ha de haber ido á Guadalupe.

—No ha de ser *ansina*; seguramente no sana todavía de los golpes que le dió Nieves con la pistola.

Me sobresaltó la respuesta. No cabía duda: la muchacha le había contado todo lo sucedido.

—Puede ser, le dije; si es así, ya Nieves se encargó de tomar venganza por su propia mano.

—Lo mejor falta, replicó Juan con tono rencoroso; falta la mía.

Había pasado el pelotón, y mis interlocutores se despidieron de prisa para reunirse con el grupo. Al verlos partir, quedé absorto buen espacio reflexionando sobre lo que son los destinos humanos. Nieves, por su edad, por sus inclinaciones y por su natural timidez, parecía haber nacido para desplegar sus gracias en el hogar doméstico, en medio de la tranquilidad y del apartamiento de una dicha ignorada; y los acontecimientos la habían empujado á extremos de que no hubiera sido capaz por la naturaleza, como eran los de haber tenido que apelar primeramente á su personal energía para salvarse de la deshonra, y lanzarse ahora

á las aventuras de una unión ilícita en medio de la revuelta.—Juan, por su parte, vivía contento en el pequeño paraíso que cultivaba, manteniéndose de hierbas y frutas como los ermitaños, y nunca hubiera salido de ahí ni hubiera pasado de ser un muchacho tímido y candoroso, á no haber intervenido los desmanes del seductor de su prometida; ahora se había tornado hombre de guerra y llevaba el corazón lleno de odio y cólera.—En un momento se había torcido el rumbo de aquellas existencias. Al embate de agentes extraños había sufrido inesperada metamorfosis su suerte; brillaba apacible su estrella en el horizonte, y de pronto cintiló con fulgores rojos y siniestros.

¡Misterio insondable de la vida humana! No creo á fe que el hombre sea juguete de factores que, por poderosos que sean, le hagan descender del pedestal elevado donde, como ser inteligente y libre, le ha colocado la naturaleza; pero sí que, conservando su albedrío fundamental á través de las vicisitudes del mundo, suele recibir del exterior impulsos irresistibles que le obligan á mudar papeles en fortuito escenario preparado por mano misteriosa.

IX

A conejo ido, pedradas al matorral, dice el adagio. Apenas los revoltosos hubieron salido del pueblo, cuando el jefe político y el capitán de los gendarmes, que, en obsequio de la verdad, no recibieron vejación ninguna, hallaron sus antiguos bríos, y queriendo recobrar su prestigio con una tardía ostentación belicosa, dictaron medidas encaminadas á poner la población en estado de defensa. Dificilmente aparecieron algunos rifles escapados por los vecinos de manos de los pronunciados. Con ellos se armaron los gendarmes, y repartiéndose en tres grupos pequeños, ocuparon la torre de la iglesia y las azoteas de la cárcel y de la Jefatura. No contento con esto el respetable individuo en cuyas manos había confiado el gobierno el sagrado depósito de la autoridad, reunió á lo más selecto del vecindario, y le exhortó para que se pusiese sobre las armas con el objeto de no permitir nuevamente que aquellas turbas vandálicas se apoderasen de la población,

—Es una vergüenza, dijo, que el pueblo que supo resistir tan valientemente á Losada y á sus turbas feroces, haya sido ahora fácil presa de una guerrilla poco numerosa y mal disciplinada. Espero del reconocido valor de este vecindario, que se preparará á rechazar con energía cualquiera otra intentona de las chusmas vandálicas de la revolución.

Uno de los concurrentes tomó luego la palabra y replicó:

—No es vergüenza para el vecindario haber sido sorprendido; es vergüenza tan sólo para la autoridad encargada de darnos garantías. Nosotros cumplimos nuestro deber pagando al gobierno las contribuciones que nos impone, que no son escasas ni livianas, y él es quien debe vigilar porque no se interrumpa el orden ni se atente contra la seguridad del Estado. Nos hemos batido contra Losada, porque su ejército amenazaba con la destrucción y la barbarie; pero no porque hayamos tenido voluntad de convertirnos en sostenedores de una causa política determinada. La verdad, á nosotros poco nos importa que mande Pedro ó Juan, con tal de disfrutar garantías, y no

tenemos voluntad de exponernos á recibir algún balazo por defender al gobierno; que se defienda como pueda. si puede.

En cualesquiera otras circunstancias, el jefe político, impetuoso de suyo, se habría dejado dominar por la cólera al oír aquel lenguaje; pero como estaba abatido por lo que acababa de ocurrir, aparentó no fijar la atención en aquella réplica subversiva, y se limitó á pedir de nuevo con encarecimiento el auxilio de los honrados habitantes del pueblo para organizar la defensa común. ¡Tan cierto es así que los descalabros que sufre la autoridad, ceden en su desprestigio, tanto porque aquellos que los presencian se le encaran después de sufridos, y la desafían, como porque ella misma pierde su natural energía y la confianza en su respetabilidad!

Por fortuna hubo personas sensatas que mediaran en la discusión, y se convino por la mayoría de los presentes, en prestar ayuda al jefe político para que se pusiese la población en estado de resistencia.

Llegada la noche, los habitantes del lugar se recluyeron en sus casas muy temprano; no se prendieron los faroles del alum-

brado público, ni se abrieron las tiendas, ni hubo en el mercado el pequeño comercio cotidiano, alumbrado con llamas de resinoso ocote. Cuando la campana mayor de la torre tocó la queda, oyóse su acento como tañido lúgubre y pavoroso, nuncio de duelo público y riesgo espeluznante. Asomado á la ventana de mi aposento, veía la plaza negra y solitaria, sin que ruido alguno turbase su silencio amedrentador. Destacábanse las casas en el fondo obscuro de las sombras, como masas informes é indecisas. La mole de la iglesia se elevaba en el espacio con imponente solemnidad, y la luz rojiza que brillaba en lo alto de la torre, donde vigilaban los gendarmes, comunicaba al cuadro el último rasgo de tétrico dramatismo.

Hasta el viento parecía tomar parte en aquella situación angustiosa. Bajaba aquella noche de las lomas cercanas con gran rapidez, y cruzando por las calles desiertas, producía ese silbido largo y lúgubre que tiene á las veces, y que parece voz misteriosa de sollozos y gemidos. Anmentando el espanto general de la población, oíase de tiempo en tiempo el grito de los soldados.

—¡Centinela! ¡alerta!—clamaba una voz estentórea desde la torre.

—¡Centinela! ¡alerta!—contestaba otra en seguida desde la azotea de la Jefatura.

—¡Centinela! ¡alerta!—repetía una tercera desde la altura de la cárcel.

No sé qué tenían aquellos acentos en medio de la sombra y del silencio, que hacían crispár los nervios; oíanse roncós y extraños, claros y gigantescos, como sonidos sobrenaturales.

Así pasó la noche, en medio del pánico general, á cuyo influjo deben haber temblado sin cesar las mujeres, y deben haber llorado los chiquillos. Cuando comenzaron á despuntar las luces del alba, hubo como un alivio en los espíritus, porque las puertas y las ventanas fueron abriéndose unas después de otras, y la circulación de la gente en calles y plazas fué estableciendo gradualmente. Preguntábanse mutuamente los vecinos desde sus casas qué novedad había, y cruzaban alarmantes noticias nacidas de la inventiva enfermiza de los ánimos apocados. En realidad nadie sabía cosa alguna.

A las seis de la mañana la campana de la torre tocó á rebato. En un momento volvieron á quedar solitarios los parajes públicos, y no se oyó durante largo espacio, más que el recio golpear de puertas y ventanas, que se cerraban con prisa estrepitosa. Volvieron los soldados á ocupar las alturas, y varios vecinos subieron precipitadamente á las azoteas de sus casas, armados con rifles y pistolas. Brillaban los cañones de las armas de fuego en lo alto de la torre y de las habitaciones con deslumbrante fulgor, heridos por el sol naciente, en tanto que los combatientes se preparaban á la lucha con rostro más ó menos demudado y manos más ó menos trémulas. Media hora duró la ansiosa expectativa, hasta que el jefe político bajó del campanario á donde había subido con un antejo para inspeccionar los alrededores, y declaró que no había nada que temer. La partida de pronunciados había vuelto á cruzar en efecto por las orillas del pueblo; pero al ver la actitud resuelta de los moradores, se había pasado de largo y estaba ya bien lejos de Tequila. Con esto volvió la confianza al espí-

ritu del vecindario, y tomaron los negocios su corriente habitual.

A las doce del día se observó nuevo movimiento en las calles. Uno de mis primos salió á la plaza á investigar lo que pasaba, y regresó para explicarnos la razón de la alarma.

—Acaba de venir, nos dijo, un mozo de la Florida, trayendo malas noticias.

—¿Qué pasa? le dije con vivo interés.

—Los pronunciados han hecho cosas verdaderamente salvajes en esa hacienda; han saqueado las casas y les han prendido fuego, así como á los graneros y á los sembrados que estaban al cosecharse; han dado muerte á los animales de la finca que han hallado al paso, á balazos y machetazos, y no han dejado en pie ni el jacal más miserable. Al salir de la Florida, quedó á su espalda sólo un montón de escombros.

—Pero ¿no ha habido desgracias personales? pregunté con ansiedad.

—Sólo una, contestó mi primo. Ha sido encontrado el cadáver del tuerto Analco, con un balazo en la cabeza, junto á un jacal, fuera del portón de la hacienda. No se sabe cómo pasó el hecho ni quien le mató.

—¿Y don Santos? volví á preguntar.

—Refiere el mozo que, buscado empeñosamente por los pronunciados, tuvo apenas tiempo de ocultarse echándose á un despñadero que hay detrás de la hacienda. La caída le ha ocasionado una herida en la cabeza y la fractura de una pierna; pero al fin ha salido con vida.

—¡Alabado sea Dios! exclamé respirando con desahogo, buena suerte ha tenido; si hubiera caído en manos de los pronunciados, no le hubiera arrendado las ganancias.

—Ya lo creo—repuso mi primo—le habrían exigido mucho dinero.

—Le habrían matado, repuse sentenciosamente.

X

Pocos días después regresé á Guadalajara. Como el camino real pasa á la vista de la Florida, pude cerciorarme por mis propios ojos, de la verdad de cuanto me había sido referido. La casa de la hacienda, las trojes, las chozas de zacate, todo no era más que un hacinado de ruinas. La capilla,

bendita hacía menos de un mes, presentaba el aspecto de un edificio derruido por la mano del tiempo, y conservaba el rastro de las llamas que habían salido por puerta y ventanas, lamiendo con lengua de fuego los muros exteriores. Del jacal que habitó Nieves, no se veían más que cenizas y algunas piedras calcinadas. Ningún habitante quedó en lo que fué la Florida; la desolación entró en posesión de aquellos sitios poco ha tan alegres y prósperos. Así pasan las glorias del mundo.

Atemorizado por tales sucesos y más aún al saber que Juan andaba en campaña entre los revoltosos, apenas curado don Santos de la fractura y de la herida que había sufrido, fuése á radicar á Guadalajara, vendió la hacienda y se quitó de rancharo. Decía á este propósito, para explicar su decisión, que en este país no se podía vivir en el campo, porque el gobierno no daba garantías á la gente trabajadora; debiendo decir mejor, que la autoridad no puede librar á los bribones de sufrir las consecuencias de sus delitos. Pero esto no lo confiesa, y pocos como yo podrán comprender por dónde flaquea su discurso.

No he vuelto á saber cosa alguna de Nieves; temo que su fin haya sido desgraciado, porque la vida azarosa á que dió principio á su salida del pueblo, da motivo para sospecharlo.

Tampoco sé qué habrá sido de Juan. Es probable que haya llegado á general.

